

palcos, y, sin fijarse en la representacion, contaban historias del dia y daban pábulo á la crónica escandalosa de los salones. Sola yo estaba allí agobiada de dolor y aislada en medio de tan numerosa y espléndida concurrencia, como en un desierto.

De repente se abrió la puerta del palco, y un nuevo personaje se acercó á saludarnos.

XII.

MISTERIOS DEL CORAZON.

Dirigí yo maquinalmente hácia él la atencion y le reconocí.

Era el Marqués de Prado Hermoso, al que yo habia visto una vez en mi casa en compañía del Vizconde de Torrefiel, y cuya bella presencia me habia llamado la atencion.

Él se acercó á mí, despues de saludar atentamente á la Embajadora y á su hija, y me dirigió la palabra, asegurándome el gusto que tenía al verme, y lo encantadora que me hallaba.

Sin duda que mi aire sombrío y casi desesperado debió sorprenderle; pero tenía demasiado mundo para darse por entendido por él.

Más bien con su fino talento procuró alcanzar la causa de mi pena, y exclamó despues de haber mirado con naturalidad al palco de la Vizcondesa.

— Verdaderamente compadezco á mi amigo el Conde.

— ¡Ah, caballero! exclamé con amargura más que con prudencia; V. es por cierto demasiado generoso, pues mi marido no es, segun parece, nada digno de compasion.

Sonrióse el Marqués como lastimado de mi candidez y poca experiencia, y repuso, ansiando sin duda profundizar la llaga de mi corazon:

— Yo, señora, le compadezco sin embargo.

— ¿Por qué? exclamé. ¿No ve V. lo dichoso que parece ser?

— Justamente por eso le compadezco.

— ¿Porque es feliz?

— No, señora; porque huye de la verdadera dicha y va á buscar una cosa que vale poco.

— ¿Quién sabe, señor Marqués, si él la tendrá en mucho?

— Creo, señora, que, aunque la tenga, muy pronto se desengañará de su escaso valor: esa mujer sólo puede alucinar á niños sin experiencia ó á corazones gastados ó pervertidos, y no creo en Eduardo ninguna de las dos cosas.

Estremecíme violentamente: no creia yo en mi marido un corazon inesperto; pero temia que tuviese un corazon pervertido.

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, prosiguió el Marqués:

— No, el Conde no es ni uno ni otro, y debe conocer bien á la Vizcondesa: es una jóven encantadora, pero que ha devorado á fuerza de locuras todo el prestigio

que dan la juventud y la hermosura á las mujeres; así me lo ha dicho muchas veces su marido, á quien quiero y compadezco.

—¿Le conoce V. mucho? pregunté interesada á mi pésar por el marido de aquella mujer peligrosa.

—Desde niños hemos estado unidos por los lazos de la más tierna amistad, me respondió el Marqués, cuyo rostro noble y expresivo apareció profundamente conmovido: juntos nos hemos criado, porque su padre fué mi tutor, ó más bien un padre para mí: así lo presentia el mío al dejarle encargado de mi suerte. Yo crecí con Enrique, y aunque él es algo mayor que yo, nos llevamos poco de edad; sin cesar he recibido testimonios de la más tierna amistad de su parte. Cuando tuve edad de casarme, aún se hallaba libre el corazón del Vizconde; se buscó para mí la mano de Gracia, y nuestro casamiento se trató; pero aunque admiraba su belleza, entónces encantadora, no la amaba con ese amor serio y profundo que es preciso para el matrimonio; por el contrario, mi amigo se enamoró de ella ciegamente desde la primera vez que la vió, y yo se la cedí sin esfuerzo. ¡Ojalá nunca lo hubiera hecho y le hubiera evitado amargos sinsabores, sinsabores que llevaron á su padre al sepulcro!

Calló el Marqués, profundamente afectado, y yo miré asombrada aquel noble rostro que retrataba la angustia del verdadero dolor; pero acordándome luégo de mi conversacion con la Vizcondesa en la visita que me habia hecho aquel mismo dia, dije:

—Tengo entendido, sin embargo, que no fué la Vizcondesa la primera que faltó á los deberes de la fidelidad.

—¿Y quién fué pues? exclamó el Marqués con calor. Si él tuvo algunas distracciones que el mundo tolera, ella fué la que se entregó despues á todos los placeres de la coquetería, de esa coquetería que pone en el ridículo á un honrado marido. Y luégo, aunque él hubiera cometido faltas, ¿correspondia á ella sancionarlas imitándolas? Creo que no, y el mundo, por corrompido que se le crea piensa del mismo modo que yo. ¡Ah, si supiera V., Condesa, de qué modo introdujo esa mujer la desolacion y el llanto en la casa, ántes tan pacífica, de su esposo! La madre de éste, señora severa y piadosa, que nos habia criado con el más acendrado cariño á su hijo y á mí, fué la primera que advirtió sus desórdenes y las relaciones que sostenia con uno de esos hombres libertinos de profesion. Comunicó sus temores y sus sospechas á su esposo, y el padre y la madre, ancianos honrados y severos, trataron de abrir los ojos de su hijo á fin de que velase por su honor, honor que ellos le habian transmitido tan ileso y tan puro; pero esa mujer tenía alucinado, deslumbrado, loco á su marido y éste trató de visionarios á su padre y á su madre, les reconvinó duramente y les faltó al respeto para defender á su mujer.

¡Oh, Condesa, qué horrible dia fué el de la separacion de Enrique del lado de sus padres! ¡Aún recuerdo á los dos ancianos llorando y maldiciendo á aquella mujer, que, sonriendo con todo el prestigio de la belleza y de la gracia, se les llevaba á su hijo...! ¡A su hijo, por el que hubieran dado mil veces su vida!

Detúvose de nuevo el Marqués, y yo, subyugada, palpitante ante el calor de aquella narracion que se exhalaba

casi en sollozos, olvidé hasta á mi marido para no pensar más que en el de aquella mujer.

El Marqués se enjugó dos lágrimas que brillaban en sus ojos, y prosiguió así:

— Enrique no podia vacilar: de un lado veia la decrepitud, la austeridad, el silencio; del otro, la alegría, la hermosura, las gracias más arrebatadoras. Además, aquella mujer era la suya, y ántes hubiera muerto cien veces que dejarla al mundo que la brindaba tantas seducciones.

Salió con ella de la casa de sus padres, y éstos empezaron á languidecer como viejos árboles, heridos en el tronco de una enfermedad mortal. ¡Qué mucho si les faltaba la savia del filial cariño! En vano yo quedé á su lado; en vano con mis cuidados y caricias procuraba consolar su soledad. Murieron los dos en el término de un año, sin el consuelo de ver á su hijo que viajaba por Italia con su mujer, pues ésta, temiendo que el amor filial reviviese en el corazón de su marido, se lo habia llevado lejos de aquellos míseros ancianos.

Pero cuando volvió Enrique, ¡qué terrible mudanza advertí en él! El velo habia caído de sus ojos; ya no venia en compañía suya su mujer. Ésta, creyéndole alucinado para siempre por la triste victoria que de él habia conseguido, se habia dejado resbalar por esa pendiente que empieza en el coquetismo y acaba en la depravacion más completa. Joven, bella, astuta, sin amor, ó á lo ménos, añadió el Marqués ruborizándose ligeramente como una joven, sin tenérselo á su marido, sus aventuras novelescas trajeron sus ecos desde la pintoresca Italia.

Llegó solo su marido y fué á postrarse ante el sepulcro de sus padres para llorar su felicidad perdida y su amor engañado.

Ella llegó poco despues y vive á su gusto y segun su inclinacion: por una de esas inexplicables complacencias de la sociedad, ésta la tolera en su seno, y áun la aplaude y la anima á seguir en esa vida de escándalo, cubierta bajo el velo perfumado de la elegancia y del bien parecer. Su talento cáustico y epigramático se ha hecho temible á las mujeres, y en punto á modas y buen gusto es una autoridad suprema. Pero ¡qué poco aprecio ocultan esas ruines y temerosas exterioridades! ¡Y qué mal se encubre el ódio bajo la capa de la benevolencia! No hay mujer modesta y honrada que no huya por otra parte del trato de la Vizcondesa, y las mismas que la saludan con afecto se niegan á acompañarla en público, si bien con pretextos plausibles, pues temen á su ódio y á su rencor, del que ha dado pruebas terribles; el mundo, amigamia, es una mascarada, en la cual cada día son más numerosas las personas que aceptan la careta de la benevolencia. Esta es la ciencia del vivir; despreciar en el fondo; no hacer nada por nadie; pero aparentar que agrada todo y que todo se perdona, áun lo más indigno y abyecto.

— ¡Pero eso es infame, exclamé, eso es vivir en una constante hipocresía!

— Justamente. ¿Pero sabe V. lo que le diria una dama del gran mundo al oirla hablar así con su noble ingenuidad? le diria, tomándole cariñosamente la mano: «¡Valeria, V. es una niña, y como niña habla;

aprenda V. á vivir, á disimular y áun aplaudir los defectos ajenos!»

Iba á responder, que jamás lo haria, pero volví casualmente los ojos al palco de la Vizcondesa, y me olvidé de la frase que iba á pronunciar.

Inclinada ella hácia adelante, clavaba una mirada ávida, celosa, casi desesperada en el Marqués, que á la sazón me contemplaba á mí con una mirada dulce y compasiva.

Mi marido, sentado aún al lado de Gracia, espiaba la mirada que ella dirigia hácia el sitio donde me hallaba yo, con una expresion amarga y celosa.

Una rápida intuicion me iluminó de repente.

Conocí que la Vizcondesa á quien amaba era al Marqués, y no al esposo que la habian dado, ni á mi marido, ni á ninguno de los otros infinitos adoradores que de continuo la rodeaban.

Comprendí que su amor primero, y quizá el último de su vida, era aquel hombre, primer esposo tambien que se la habia elegido y que la habia cedido sin trabajo á su amigo, á quien ella quizá detestaba.

Herida de esta idea, casi compadecida de la pobre mujer, me volví hácia el Marqués y le pregunté:

—¿Sabe V. si Gracia amaba al Vizconde al casarse con él?

—Lo ignoro, repuso. ¿Quién ha podido leer jamas en esa alma misteriosa, fria y concentrada?

—Pues yo creo que no le amaba.

—¿Sin embargo, le aceptó contenta al parecer!

—Y no obstante amaba á otro.

—¿A otro?

—Sí, á usted.

El Marqués quedó algunos instantes silencioso, y luego dijo:

—Algunas veces he pensado en eso; pero ha sido por poco rato; no me importa, y puede V. considerar que su amor es cosa para mí de muy poco interes, cuando con tanta facilidad cedí su mano.

Estas palabras fueron dichas con tan perfecta tranquilidad, que no dejaban lugar á la menor duda.

Yo pensaba en lo que aquel hombre tan noble y tan sencillo acababa de decirme. Penosamente afectada por su relacion, y áun más por la mirada que habia visto dirigirla Gracia, caí en una meditacion profunda, de la que me sacó la entrada de mi marido en el palco.

La representacion terminó poco despues, y salimos para tomar los carruajes.

El Marqués me ofreció el brazo, en tanto que mi marido se lo ofreció á la Embajadora.

Federica iba delante con otro caballero.

Al principio de la escalera nos hallamos de frente con la Vizcondesa, que bajaba tambien.

Así nos habiamos hallado tres meses ántes, la noche que conocí al Conde estando con mi abuela en su palco.

Saludó á la Embajadora, y luego dirigió al Marqués una mirada profunda; pero viendo que éste no se daba por entendido, le dijo con voz dulce é insinuante:

—Veo, señor Marqués, que tiene V. completamente olvidadas á sus amigas, aunque algunas se libren del mal de su abandono.

El Marqués se inclinó sin contestar.

—Mañana por la noche, prosiguió ella, estaré en mi casa para las personas de mi intimidad. Venga V. á disculparse del mucho tiempo que hace que no se deja ver, y á tomar una taza de té en mi compañía.

— Señora, repuso el Marqués friamente. Creo que mañana no me será posible aprovecharme de tan amable invitacion. Sin embargo, iré á reclamar esa taza de té, la primera noche que pueda disponer de mí.

—Todos los miércoles y sábados se la ofrezco á usted, dijo la Vizcondesa. Despues me dirigió una mirada llena de ódio, y pasó sin saludarme.

—Es la jóven más bella y espiritual que conozco, dijo la Embajadora fiel á su sistema de hipócritas alabanzas.

—Y la más falsa, añadió Federica en voz baja, y como contestando á las palabras de su madre.

XIII.

UN BANDIDO CON FRAC.

La fatal influencia de la Vizcondesa empujó á mi marido al abismo del desórden.

No podia permanecer puro nada de lo que se acercase á ella, ni el mal podia estacionarse tampoco en las personas que ella dominaba.

Loco y fascinado, mi marido se sometió por completo á su imperio, y se empeñó en los gastos más extraordi-

narios para conquistar sus preferencias; pues si bien era aún bastante elegante y distinguida para no admitir dinero, no rehusaba ningun regalo por costoso y repetido que éste fuera.

En pocos dias llegó á tanto su intimidad con mi marido, que llamó la atencion de todos, y el Vizconde huyó de Madrid, marchándose al extranjero, por no poder soportar aquella ostentacion de escándalo.

Agobiada yo de pena y hasta de vergüenza, pues me ruborizaba por las faltas de mi marido, no pudiendo convencerme de que en la sociedad era lo más sencillo y natural, me encerré en mi casa, y muy pronto una tristeza mortal envolvió mi espíritu con un fúnebre velo.

Entónces me dije que la pobre Magdalena tenía razon, y que este mundo era una cadena de infamias y de escándalos.

A los diez y siete años no cumplidos vivia en mi casa sola como en un convento, y sin salir más que para ir á una iglesia vecina, á ver á mi abuela algunos ratos, y á visitar la pacífica y alegre morada de Felicia, que vivia sin otras penas que las que le causaba mi triste destino.

Mi abuela habia llegado á una obesidad extraordinaria; y lo que más me admiraba y afligia era que su inteligencia, que jamas habia sido muy despejada, se iba embotando hasta convertirse en una estupidez casi completa.

Un dia me envió á buscar con uno de sus criados, y fuí al instante á verla.

—Yo no sé lo que sucede, señora Condesa, me dijo

el criado que era un antiguo servidor; la señora está furiosa, y desde hace dos horas parece haber recobrado la actividad y viveza de sus veinte y cinco años; esto es una cosa extraña.

—¿Dice V. que está enfadada? le pregunté admirada á mi vez, á pesar de la tristeza que me dominaba.

—¡Está furiosa! ¡Casi loca! Esta mañana al amanecer empezó á dar gritos descompasados; entró María Jesus y la halló en medio de su habitacion pálida, desnuda, desmelenada; estaba allí tambien el señor, asustado. La señora envió al instante á buscar al señor Marqués de Prado-Hermoso, que ya está allí.

Me abismé en profundas reflexiones, recordando que por dos ó tres veces habia oido á mi marido acusar á Sandoval de que obraba infamemente con mi abuela, á pesar de todas sus apariencias de afecto y de pasion.

Llegué á casa de mi abuela y entré en su estancia.

A su vista me sentí sobrecogida de terror, pues la hallé en un estado deplorable.

Hallábase medio echada en un canapé, con el semblante amoratado é hinchado; su negra, de rodillas delante de ella, le aflojaba los vestidos, aunque sólo tenía puesta una bata muy ancha. Sus cabellos negros, que empezaban á encanecer, se hallaban destrenzados y esparcidos: de sus labios violáceos se escapaban gemidos inarticulados.

—Vén... me dijo al verme, con voz ronca y sofocada. Vén aquí, para que sepas las infamias de que soy víctima, y para que ya no te separes más de mi lado.

Adelantando algunos pasos, pude ver al Marqués de

Prado-Hermoso, de pié y confuso con la escena que se preparaba, y á Sandoval, en cuyas facciones se hallaba marcada una cólera concentrada y profunda.

—¡Repara en mi marido! me dijo mi abuela. Mira si se parece ahora al hipócrita y meloso adorador que sólo deseaba alucinarme para apropiarse mi caudal y para robarte el tuyo: observa ese rostro desencajado y horrible, y dí si no se parece más á un bandido que al que yo creí un cumplido caballero.

Aquí la cólera y el dolor ahogaron la voz de mi abuela; María de Jesus le echó aire con un abanico de plumas.

En los labios de Sandoval aparecia una sonrisa burlesca.

—Caballero, dijo el Marqués severamente: no sé de qué se trata, ni para qué me necesita esta señora. Pero lo que no olvido es que fué amiga de mi madre, y que, el invocar mi auxilio y proteccion, es porque sabe que hallará uno y otra. El ser su marido no le da á V. el derecho de insultarla.

—El ser su marido, repuso Sandoval, me da el derecho de arrojar á V. de esta casa, señor Marqués, pero no lo hago hasta no saber cuáles son las quejas que mi mujer tiene de mí, aunque sospecho que su razon no se halla muy segura.

—¡Ah, qué infamia! exclamó mi abuela: pero despues de oirme verás, hija mia, que tengo completa mi razon; y tú, Salvador, lo verás tambien, añadió dirigiéndose al Marqués.

—Sentémonos para oir con calma, dijo Sandoval con

su sonrisa, que de expresiva y encantadora, se habia vuelto cínica y desvergonzada.

—Desde que me casé con este hombre, dijo mi abuela incorporándose en el sofá y haciendo esfuerzos para conservar su serenidad, me aislé de todo otro afecto: de tal modo llenaba mi corazón el que le profesaba á él. Tú, Salvador, te hallabas viajando, y sólo hace cinco meses que has vuelto. Mi hija ocupó un lugar muy predilecto en mi corazón; pero desde que la casé, ya descuidé su porvenir, y sólo pensé en Dios y en mis pobres.

Desde hace dos años advertí que el dinero desaparecía de mis gavetas, y que, aunque mis capitales debían producir crecidos intereses, mis arcas estaban casi siempre vacías; pero me hallaba tan segura de mi gran riqueza, que muy pronto olvidaba lo que me causaba tal extrañeza al repararlo.

Hace tres días despedí á un lacayo insolente, y debo advertir que todos lo son para mí de algun tiempo acá, y que se me trata en mi casa lo mismo que á un trasto viejo ó arrinconado.

Aquel lacayo era tan descomedido, que le despedí.

—Tendrá V. que ir despidiendo á toda su servidumbre, me dijo el pícaro, y el primero al amo; porque todos hacen de V. el mismo caso que yo.

—¿Qué dices? exclamé aturdida al oírle.

—Digo que todos se burlan de V., y que el señor le roba á manos llenas para gastárselo con una bailarina, y con otras muchachas de la vida alegre que dan buena cuenta de la fortuna de V.

Ya ve V., señora, que si V. me despide, yo le hago en

cambio un buen servicio; y ahora ¡agur! De todas maneras tenía yo buscado otro acomodo con un duque que se va á los baños.

Aquella revelacion me dejó petrificada, ménos por lo que tocaba al dinero, que con respecto á la fidelidad de mi marido, al que siempre habia creído el más enamorado y rendido de los esposos.

No quise acusarle sin tener la certidumbre de su crimen, porque crimen es el robar y engañar á quien se ha entregado á él con tanta confianza y abnegacion. Corrí á la gaveta donde debia haber dinero, y la hallé vacía. Corrí al cofre de hierro donde estaban los ahorros de la casa, cuya llave le habia imprudentemente confiado, y estaba igualmente vacío: vacíos hallé también los estuches de mis joyas: nada se habia librado de su rapacidad.

—¡Señora!..... exclamó Sandoval rechinando los dientes.

—De su rapacidad de V., sí, repitió mi abuela. Todo cuanto ha podido me ha robado. ¿Qué se llama, si no, lo que ha hecho V.?

Anoche, ya muy tarde, no dormía yo; lloraba, y no sabía de que modo separar de mi lado á este hombre. Eran las once, le vi abrir la puerta de su cuarto contiguo al mio.. Luégo la de la escalera, y salir... Unos celos insensatos me impulsaron á seguirle... Fuí tras él, y llegué á una casa donde, segun yo sé y sabe todo el mundo, sólo se hospedan bailarinas... Llamó en el piso bajo, y á traves de los balcones entornados oí el ruido de voces, risas, y chocar copas y platos con el estrépito de la orgía.

Cerca de la pared y por las maderas entreabiertas de

un balcon, oí que este miserable se jactaba de engañarme, y profanaba mi nombre con aquellas mujeres... Se habló de mi muerte como de un acontecimiento fausto... y él dijo que el día que tuviera lugar sería el más dichoso de su vida... ¡Oh, qué infamia!

Detúvose mi abuela, ahogada por la cólera y el dolor. Aunque su talento no fuese maravillosamente despejado, era difícil hallar una alma más tierna y confiada, y más nobles sentimientos. Despues de una pausa durante la cual su marido siguió riéndose burlonamente, y el Marqués siguió mirándola con profunda y respetuosa compasion, prosiguió volviéndose hácia mí.

—Otra cosa vi que acabó de penetrar mi alma de dolor. Tu marido, hija mia, estaba allí tambien. ¡Tu marido! ¡El hombre que yo creia el más noble, el más galante, el más digno de tí!... Allí estaba bebiendo, comiendo, horrible de embriaguez lo mismo que el mio.

Yo sacudí la cabeza con melancolía, y al verme mi buena y desgraciada madre me miró llena de asombro.

—¿De modo, me dijo, que no te admira eso?

—No, mamá, le respondí.

—¿Tenías, pues, quejas de él? ¿No se portaba contigo como tenías derecho de esperar?

Un triste silencio fué toda mi respuesta.

—¡Pobre mártir! exclamó. ¡Cuánto habrás sufrido! ¡Y sin quejarte! Pero acabemos esta triste narracion, y despues te diré lo que pienso hacer. Dormí muy poco esta noche, y María de Jesus me dió várias tazas de agua de azahar. No quise ver á este hombre y me acosté; pero apenas amanecia oí ruido, y abrí las cortinas de la cama.

Este miserable estaba abriendo ese *secretaire*, donde yo guardaba una gruesa suma de dinero. Mi negra, que dormitada en un sillón al pié de mi lecho, lo vió lo mismo que yo, y arrojó gritos que le obligaron á guardar su llave falsa y á huir... ¿No es verdad, María Jesus?

La negra hizo un signo afirmativo.

—¡Ah! prosiguió mi abuela, tu pobre madrastra, Valeria, tenía razon al decirte que en los hombres todo es falsedad y mentira, y ¡áun debia haber añadido que todo es infamia!

—Y hubiera tenido razon para decirlo, observó burlonamente Sandoval, como que la dejé á ella para casarme contigo.

—¡Justamente! Porque como yo era rica y ella era pobre... ¿no es verdad? Pero acabemos, caballero. Estoy cansada de ver á V., y quiero librarme lo ántes posible del tormento de su presencia. Me voy con mi nieta, contentése V. con lo que me ha robado, y viva donde le agrade. Por mi parte, temo que atente contra mi vida ahora que le conozco, y me separo de V. Hoy mi nieta y yo entablarémos cada una su demanda de divorcio. Y usted y el indigno esposo que supo buscarle, y que es tan semejante á V., se gobernarán segun puedan ó sepan. María Jesus, mi coche.

La negra salió.

Mi pobre abuela se puso en pié ayudándola yo, y volviéndose al Marqués le dijo:

—Querido Salvador, te encargo de todo lo mio: de todo lo que entra en la calificacion de *negocio*. Para los pequeños pormenores vendrá Felicia. Esta casa no es

mia. Se avisará á su dueño que queda desalquilada. Se venderán los muebles y vajillas, y se me remitirán las alhajas y fondos que el señor haya tenido el descuido de dejar, á casa de mi nieta.

Mi abuela, dichas estas palabras, tendió la mano al Marqués, que la estrechó con respeto, hondamente conmovido ante aquella gran desgracia, y salió sin mirar á su marido.

Yo no me cuidé ni aún de hacer al Marqués una inclinacion de cabeza; y tales eran la emocion y el aturdimiento que me dominaban, que presté á mi abuela el auxilio de mi brazo de una manera maquinal.

XIV.

VENGANZA.

Al saber mi marido, cuando volvió á casa por la tarde, la determinacion de mi abuela, la censuró con acritud: quiso verla; pero yo, sabiendo la indignacion que abrigaba hácia él, me opuse á que entrase en su habitacion.

— ¿Por qué es eso? me preguntó airado. Tu madre, querida Valeria, no tiene el juicio cabal, y debias agradecerme que procurase hacerla entrar en razon.

Conocí que le enviaba Sandoval, como emisario suyo, para procurar una reconciliacion, en la que ademas de ganar mucho sus intereses, evitaba el escándalo: pero

acostumbrada ya, por una amarga necesidad del aislamiento en que vivia, á disimular mis impresiones, me contenté con responderle:

Mi deber es evitar á mi pobre madre todo disgusto.

— ¿Lo tendrá acaso con verme? preguntó mi marido.

— Sin duda: se halla muy irritada contra tí.

— ¿Por qué razon?

A esta pregunta el rubor enrojeció mis mejillas. Era evidente, para mí, que Sandoval habia enterado á Eduardo de todo lo ocurrido, y tal audacia de disimulo me indignaba.

— Creo que ya debes saberla, le dije haciendo esfuerzos para guardar mi serenidad.

— Yo nada sé.

— Pues bien; ya que quieres que sea yo la que te lo repita, sábelo: mi madre te ha sorprendido en la misma casa donde halló cenando á su marido; ¿estás contento?

Sin duda que el Conde queria cerciorarse del efecto que habia producido en mí semejante noticia. Como su natural era aún bueno y noble, se puso pálido, y á seguida se cubrieron sus facciones de púrpura. No halló palabras que decir, y salió de la estancia lleno de tal vergüenza, que le compadecí.

Por la tarde vino Felicia y puso en manos de mi abuela un cofrecito que contenia los estuches de sus joyas. Eran las de ménos valor, pues las que suponian mayores cantidades las habia sustraído su esposo desde mucho tiempo ántes, ya para regalarlas á sus favoritas, ya para convertirlas en dinero.

— Sea lo que quiera lo que venga ahí, guárdalo para